

LAS HIJAS DE LA CRUZ EN RENTERIA



Grupo de niñas del Colegio de las Hijas de la Cruz, que el año 1949 obtuvo en el Cine Onbide, el primer premio en el Concurso de Villancicos.

Por azares de la vida, me tocó presidir la inauguración del Nuevo Colegio de las Hijas de la Cruz. Tres generaciones de mi familia habíamos pasado por sus aulas. Fue para mí uno de los actos más sencillos y entrañables de mi vida. Miles de recuerdos se agolparon aquel día en mi mente, y esos recuerdos, muchos de ellos hondamente emotivos, atenzaron mi garganta, y estuvieron a punto de jugarne una mala pasada, en la alocución que tuve que dirigir a autoridades, comunidad, antiguos alumnos y niñas.

Había oído hablar en mi niñez de esta Institución. De la precipitada llegada a Rentería de este puñado de decididas monjitas, pero como ignoraba fechas, etc., he querido revolver los archivos de la Orden, y me han facilitado documentos curiosos, de los que escuetamente he podido extraer los más interesantes, por la importancia histórica, y por los personajes que en ellos concurren. Uno de ellos dice textualmente:

«En la Villa de Rentería, provincia de Guipúzcoa a veintitrés de Julio de mil novecientos cuatro, yo Javier Albisu Arbelaiz, dueño de la Casa Javierrenea, señalada con el número dos y sita en la misma Villa, la vendí, hoy día de la fecha, con parte de la huerta a las Sras. Dña. Louise Pouget, natural de Sare, Francia, y Dña. Adele Lacau natural de Ledes, Francia, y vecinas ambas de Ustaritz, por la cantidad de cuarenta mil pesetas, que me fueron entregadas en efectivo ante los testigos infrascriptos, en papel del Banco de España.

La parte vendida de la huerta, confina por el Norte con la carretera de Irún a San Sebastián, por el Sur con el río Oyarzun, por el Este con un terreno de D. Carmelo Echeverría, y por el Oeste con una línea que será prolongación de la pared divisoria de la Casa Javierrenea y de la de D. Manuel Garaicochea hasta el citado río Oyarzun».

Firman El Propietario: Javier Albisu. Compradoras: Louise Pouget y Adele Lacau. Testigos Santiago Damborenea y Valero Arbide.

Viene un documento luego dirigido al Sr. Director del Instituto General y Técnico de Guipúzcoa que dice así:

«D. Gervasio Albisu y Vidaur, sacerdote, mayor de edad natural y vecino de Rentería, a V.S. atentamente expone, que en uso del derecho que le concede el R.D. de 1.º de Julio de 1902 y con arreglo a sus disposiciones, trata de establecer en la Casa denominada Javierrenea, sita extramuros de esta Villa y a distancia no más de cincuenta metros, un Colegio de primera enseñanza y labores para niñas, encomendado de su régimen y dirección al Instituto de las Hijas de La Cruz bien conocido en España donde de mucho tiempo atrás, tiene importantes establecimientos acreditados por la sólida instrucción moral y social que en ellos reciben las alumnas y por los resultados de la enseñanza y esmerada educación, de que dan viva y patente muestra de las muchísimas mujeres españolas, que en los Colegios de este instituto de Francia o España, pusieron la base de sus conocimientos necesarios o útiles para cumplir la elevada

misión que en la familia y en la sociedad les corresponde» Suplica a Vd. etc. Firmado: Gervasio Albisu Vidaur».

La Orden resume así su actividad en esta Villa.

El Colegio fue abierto el 6 de Agosto de 1903 en alquiler de 2.700 Ptas. anuales. La Casa fue comprada en 1904. La Madre Marie - Parmenia Segunda asistente de la Superiora Provincial de Ustaritz, presidió la instalación de las once religiosas primeras. Como indicábamos en 1904 fue comprado el Colegio. Parece que la deuda, más 20.000 Ptas. de inversión, ocasionó a las Hermanas muchas privaciones y problemas. Todo se pagó en 1924, ya que la Diputación de Guipúzcoa les pagó por la acera y una verja la cantidad de 20.000 Ptas. con motivo del ensanchamiento de la Carretera Nacional. Todo se ha hecho, dice este documento (escrito en un correcto francés,) procurando la gloria de Dios y el bien de las almas...

Con los tiempos han cambiado mucho las cosas. Aquellas amplias escaleras de párvulos del viejo Colegio, donde apretujados y cruzados de brazos aprendíamos a rezar el Padre Nuestro, al compás de un imaginario vals de las olas que dirigía Sor Natividad, aquellas cantinelas eternas y monótonas del abecedario, que aquel pozo de paciencia llamada Anchoni, nos metía en la mollera. Aquellas monjas con sus tocas —túneles impecablemente almidonadas, con sus hábitos negros de amplias mangas, con su gran cruz en el pecho, y aquellas capas solemnes que culminaban en aquellos rosetones y que tapaban las blancas tocas, capas que se enfundaban para asistir a los servicios religiosos de la Parroquia, conduciendo las largas filas de alumnas, por la angosta Calle de Santa Clara más libre de coches y con menos circulación que en el día de hoy...

La amplia salita de espera, la enfermería improvisada de Sor Catalina, la sencilla capilla, el patio cubierto, las huertas, el recreo con sus corpulentos árboles, el temido cuarto del serrín, que era la cárcel de los réprobos, las voces y las risas de los miles de niños y niñas que por allí han pasado, ya no se escuchan. Todo ha quedado allí mudo y silencioso, tapiado como una tumba.

Las monjitas de una generación nueva, con hábitos distintos remontaron el vuelo y fueron a parajes de más luz y más colorido, al nuevo Colegio, allá cerca de Zentolen casi enfrente de las huertas del chalet del legendario aviador. Allí imparten en la actualidad clases a unas 700 alumnas en sus diversas especialidades.

Con otros estilos las monjitas siguen educando y formando nuevas generaciones de niñas de hoy, mujeres del mañana. Educar, es más difícil hoy que ayer, lo sabemos. Pero a esas mujeres valientes; Hijas de la Cruz, que siguen en su empeño, nuestro aliento, nuestro agradecimiento, y nuestro sentido homenaje desde estas humildes pero sinceras líneas de la Revista Oarso.

Ramón Múgica